

mana. Magdalena no puede ser nada para él, ha muerto.

» Tal vez cierre los ojos á mi desdicha, y en un arranque de pasion generosa venga, despues de saber mi triste secreto, á ofrecerme de nuevo su corazon, su nombre y su mano; pero será inútil, yo no tengo inocencia que ofrecerle; he perdido la pureza, que santifica al amor, y jamas, jamas partiré con él mi ignominia. Lo rechazaría con violencia desesperada. Es imposible, imposible; mi amor no puede ya hacerlo dichoso.

» Los celos me cegaron, la ira encendió la venganza, la venganza despertó la ambicion, y la ambicion me ha perdido.

» ¿Es éste mi castigo? Pues bien, lo acepto.»

Así terminaba el manuscrito.

Al leer la última palabra, ocultó Miguel el rostro entre las manos, encorvándose sobre las rodillas, y permaneció inmóvil, como herido por un rayo.

CAPÍTULO VII.

Las dos rivales.

Dejamos á Herminia y á la Marquesa solas frente á frente; ambas pálidas. La Marquesa vestida de riguroso luto, que daba á su persona una expresion triste y resignada, realzando la palidez de sus mejillas y la blancura de su garganta. La hija de Lord Walbrook la miraba con irónica sonrisa, esperando que la noble señora pronunciára las primeras palabras, y ésta, por su parte, no atinaba, por lo visto, con la frase á propósito para romper tan embarazoso silencio.

Herminia, más impaciente, tomó la palabra, y hablando en español, dijo:

— Cualquiera que nos observára sospecharía que no tenemos nada que decirnos.

—Es verdad, añadió Luisa; y sin embargo.....

—Tal vez, prosiguió diciendo Herminia, siente V. haberme sorprendido en el momento en que Lanuza conseguía de mí el favor particular de besar mi mano; pero V. sabrá dar á estas escenas el valor que les corresponde, y espero encontrar disculpa en su bondad.

—Ciertamente, dijo la Marquesa; he cometido una imprudencia penetrando hasta aquí sin ser previamente anunciada, y os aseguro que no pude prever lo que ha sucedido. De todos modos, á V. es á quien toca disculparme.

—Yo, contestó Herminia, no solamente la disculpo á V., sino que le agradezco la oportunidad con que ha entrado en esta sala. Diré á V. más: deseaba que así sucediese.

Bajó la Marquesa los ojos con ademán dudoso, exclamando:

—¡No comprendo!.....

—¡Ah señora Marquesa! nos conocemos perfectamente, y no obstante, V. no me comprende; eso hace poco honor á la viva-

cidad de su talento. Permítame V. esta vanidad; yo he comprendido al instante toda la significacion del retrato que ha tenido V. la bondad de enviarme. Usted ha querido decirme: «Te conozco. Tú no eres hija de Lord Walbrook. Tú eres aquella humilde costurera, aquella pobre huérfana á quien yo protegí dándole á coser los encajes de mis vestidos; tú eres una brillante aventurera que vives al amparo del fastuoso amor de un inglés opulento.» ¿No es esto, señora?

Reprimió Luisa con visible esfuerzo un movimiento de impaciencia, y con marcada dulzura contestó:

—Prosiga V.

Dispuesta Herminia á aceptar el combate en el terreno en que se le presentára, cambió de tono y prosiguió diciendo:

—Admiro la originalidad del recurso de que V. se ha valido para preguntarme si yo soy yo, y comprendiendo el interes que debia V. tener en conocerme, no he titubeado un momento en descubrirme. Hablemos, pues, como buenas amigas; descubrámonos hasta el fondo de nuestros corazones;

nos conocemos y no podemos engañarnos.

—Sin duda alguna, replicó la Marquesa; yo he deseado con todo mi corazón encontrar en V. á aquella inocente y hermosa criatura, cuya singular belleza admiré en mi propia casa, y cuyas facciones se grabaron vivamente en mi memoria, y que después he recordado muchas veces con profunda pena. La fama de la hermosura con que el cielo quiso dotarla ha penetrado también en la soledad de mi vida retirada. También llegó allí la noticia, añadió la Marquesa con voz temblorosa, de la preferencia que V. dispensa á Lanuza; y oyendo hacer su retrato, advertí con alegre sorpresa que coincidía con mi recuerdo. Hice algunas preguntas, cuyas respuestas completaron la semejanza. Cogí el lápiz, y el éxito ha sido completo.

La hija de Lord Walbrook irguió su arrogante cabeza, creyendo ver en las palabras de Luisa el movimiento estratégico de un adversario hábil y resuelto que se dispone á la lucha, y contestó de esta manera:

—Ha estado V. felicísima en su obra;

reconozco en ella un verdadero prodigio de penetración, de memoria y de arte, que yo soy la primera en admirar. Mas permítame usted, noble Marquesa, que haga yo también ostentación de mi perspicacia. Usted ha adivinado mis facciones, ¿no es eso? pues yo he adivinado su propósito. Por medio del retrato ha querido V. asegurarse de la identidad de mi persona, provocando á la vez esta entrevista, que yo también deseaba. Ha querido V. verme, porque tiene V. algo muy cruel que decirme, y yo voy á anticiparme á su pensamiento ahorrándole el penoso trabajo de descubrirme su intento. Escúcheme usted atentamente.

La Marquesa cruzó las manos, cuya blancura mate se destacó sobre el negro paño de su enlutada falda; bajó lentamente los párpados, recogiendo toda su atención, y dijo:

—Escucho.

—Seré breve, añadió Herminia. Ha venido V. á decirme con noble franqueza: Magdalena, te conozco; el hombre á quien atraes con tus verdaderos encantos y con tu falso nombre, y cuyas ciegas esperanzas ali-

mentas con tus distinciones, me pertenece; renuncia á él, ó te descubro.

Nada replicó Luisa á tan duras palabras, pero dos lágrimas silenciosas se desprendieron de sus párpados, cayendo sobre sus manos, que permanecían cruzadas.

Herminia siguió diciendo:

—¿Llora V.? ¡Ah, cuánto siento la aflicción que le causo! Y en verdad, lo siento más todavía porque no puedo acompañarla en su pena. No es crueldad; es que se ha extinguido en mi corazón el manantial del llanto; es que he llorado mucho, mucho, de tal manera, que mis lágrimas están agotadas.

Hablando así relampagueaban sus espléndidos ojos como el cielo sereno en una noche de verano; sus labios ligeramente contraidos daban á la majestad de su hermosura una expresión airada, formando vigoroso contraste con la actitud resignada y paciente de la Marquesa. Ésta levantó la mirada llena de mansedumbre, y sonriéndose pronunció dulcemente estas palabras:

—Crea V. que mis lágrimas nacen de la pena que su desdicha me inspira.

Hay obcecaciones terribles, sombras que oscurecen la inteligencia como las grandes tempestades oscurecen el cielo; nada nos ofende tanto como la compasión de las personas que nos han ofendido, y Magdalena sintió en el acento de la Marquesa la mordura de una lástima humillante. Sentía el alma envenenada por la acerba amargura de su situación, y creyó que su rival, sorprendida, apelaba al recurso de una retirada alévosa. Así es que se lanzó implacable sobre su enemigo con todo el encarnizamiento de la ira victoriosa.

—¡Ah! exclamó; ¡cuán bondadosa es V.! Sería muy ingrata si no correspondiera á tan tierna simpatía. Mas ante todo es preciso que acabe V. de comprenderme. Le debía el singularísimo obsequio de un retrato admirable hecho de memoria, y yo, imitándola á V., he querido ofrecerle otro cuadro en que se viera á sí propia quizá en el momento más dichoso de su vida. ¿No recuerda V. haberse encontrado alguna vez en la misma situación en que yo me hallaba cuando V. ha tenido la bondad de honrar esta casa con

su presencia? Al mismo á quien ha sorprendido V. besando mi mano, ¿no le ha concedido V. nunca un favor semejante? ¿No se ha complacido V. en verle á sus piés seducido, alucinado por el doble esplendor de su belleza y de su lujo? Pues bien, señora, obsequio por obsequio: V. ha reproducido en el lienzo mi imágen inocente, sencilla, risueña, como me vió en su casa; y yo, al recibirla á V. en la mia, he querido reproducir por mí misma la escena en que, seductora, irresistible, triunfante, tenía V. á sus piés á Lanuza subyugado. Escena espantosa para mi corazón, que vieron mis propios ojos..... ¿No se ha reconocido V. al verme? Y añadió con forzada sonrisa: ¿Tendrá V. la crueldad de negarme el mérito de tan feliz imitación?.....

Guardó silencio, esperando respuesta; pero la Marquesa, clavando en su rival los ojos asombrados, exclamó con trémulo acento:

— ¡Señora, V. ha visto!.....

Magdalena no la dejó concluir y la interrumpió, diciendo:

— Sí, vi y cegué.

— ¡Cómo, Dios mio! ¡cómo! exclamó Luisa bajando los ojos.

— Va V. á saberlo, contestó la jóven.

Diciendo esto acercó su butaca á la de la Marquesa, y con voz reposada, en la que se percibían de vez en cuando las inflexiones de la ira comprimida, comenzó á referir todo lo que nosotros leímos en el último capítulo del segundo libro; capítulo que va señalado en el curso de esta historia con el epígrafe de *La noche de las visiones*.

Durante el relato la Marquesa permanecía con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo, mientras Magdalena descubría en la enérgica expresión del rostro y en la viveza de los ademanes los tumultuosos pensamientos que agitaban su alma. Al concluir, dijo:

— Ésa es la historia de aquella noche. Tal vez V. se disculpe á sus propios ojos diciéndose: «¡Bah!..... yo ignoraba el daño que hacia»; pero yo, señora, no puedo disculparla.

La Marquesa inmóvil ahogó un suspiro, y viendo que Magdalena guardaba silencio, prorumpió en estas palabras:

—No me disculpo, no pretendo disculparme; no tengo disculpa. Sabía el daño que podía causar, tal vez el daño que causaba.

—En ese caso, replicó Magdalena, debe usted estar satisfecha de su obra, porque es completa.

—Perdon, perdon, exclamó Luisa tendiendo á su implacable rival las manos suplicantes.

—¡Perdon! repitió Magdalena. ¡Ah! es curioso esto. Se perdona al ladrón que nos roba la fortuna, al asesino que nos arranca la vida, al calumniador que nos infama; pero ¿cómo se perdona á quien nos despoja á la vez de la fe, de la esperanza y de la inocencia? Perdon, y ha destrozado V. mi alma, condenándola á una desesperacion eterna. ¿Comprende V. ahora por qué he deseado que usted nos sorprendiera?

—Sí, sí, contestó Luisa; lo comprendo todo.

—Yo, infeliz, continuó diciendo Magdalena, lo sacrificué todo á la rabia de mis celos, á la furiosa cólera de mi amor ofendi-

do, de mi amor engañado; porque, sépalo usted, lo quería con toda mi inocencia, con todo mi sér, con toda mi vida, y lo adoro con toda mi alma, y huí..... Usted, más hábil, más diestra, más experimentada, viene á pedirme su corazón, que es mio, que no ha dejado de serlo ni un instante, que ha latido impetuoso lleno de mi recuerdo. La semejanza de la hija de Lord Walbrook con la pobre Magdalena, con la infeliz Magdalena, con la olvidada Magdalena, ha bastado para encender en su alma la oculta centella de su primer cariño; cariño inmenso, que V. no ha podido robarme, porque en el mundo sólo una vez se ama.

—Es verdad, murmuró Luisa, arrasados de lágrimas los ojos.

—Pues bien, señora, añadió con expresion vehemente. Dios nos ha puesto á la una enfrente de la otra y lucharé con todas mis fuerzas; es mio y no cedo. Pero, desdichada de mí, añadió ocultando el rostro entre sus manos; no puedo defenderme. Ha venido usted á provocarme cuando estoy desarmada, cuando yo misma acabo de poner en sus

manos la triste relacion de mi deshonra. En estos instantes devora con horrible interes las páginas en que yo misma he escrito mi ignominia para no olvidarla nunca. Ya sabrá que la hija de Lord Walbrook es la desventurada Magdalena.

Al oír estas palabras alzó Luisa los ojos al cielo, que es adonde nos dirigimos siempre en las aficciones supremas, porque sólo en él encuentran las almas angustiadas los supremos consuelos y las esperanzas supremas. Alguna idea terrible cruzaba en aquel momento por su atribulado espíritu, si hemos de juzgar por la expresion desolada de su rostro.

—¡Qué ha hecho V., señora! exclamó dando á su acento, si es posible decirlo así, la dulce aspereza de una triste reconvenccion.

—Desengañarlo, contestó Magdalena.

—¡Oh! no; perderlo, dijo Luisa.

Ambas se miraron atentamente, y la Marquesa volvió á repetir:

—Sí, señora, perderlo.

—¡Qué teme V.! preguntó la jóven con ansiedad visible.

—Todo lo temo, presiento una desgracia, la última, la más terrible de todas las desgracias. Ese golpe inesperado, imprevisto, frío y mortal como una puñalada, lo hiera en el momento en que saborea toda la dulzura de las esperanzas que V. le ha hecho concebir. No podemos decirle al hombre que ciegamente nos adora, que ha hecho de nuestro corazon un tabernáculo de pureza, que nos cree inmaculadas; no podemos decirle: «Te amo, eres el aliento de mi vida, el regocijo de mi alma, la luz con que veo..... pero huye de este sér miserable, que lleva en su frente avergonzada la sombra de una fatal desdicha. Aborréceme, desprécíame, porque yo no soy digna de tí.» No podemos decirle esto sin abrir en su alma el negro abismo de la desesperacion más espantosa.

Calló la Marquesa, y Magdalena asió una de sus manos y la sacudió con trémula violencia, diciendo:

—¡Y qué, señora, y qué!

—Su corazon, pobre niña, añadió Luisa, no está fortificado por la fe, para defenderse con sublime resignacion de las adver-

sidades de la vida. No está su entendimiento cegado por las tinieblas de la impiedad, ni tan corrompida su conciencia, que necesite asegurarse la impunidad de sus culpas negando la existencia del Juez Supremo, misericordioso y justo, que pesa en balanza infalible nuestras acciones, nuestras palabras y nuestros pensamientos. Cree en Dios, en el Dios verdadero, que afana y que consuela, que humilla á los soberbios y enaltece á los humildes, que perdona á todos los que perdonan..... Cree en Dios, sí; lo conoce, pero ¡ah! no lo busca; lo confiesa, pero no lo llama; lo siente, pero no lo adora. Su alma, enflaquecida por las disipaciones del mundo en que vive, sucumbirá á la violencia del golpe, buscará un remedio atroz á su pena, y por huir de un dolor pasajero, porque en el mundo todo es fugitivo, se lanzará desesperado en los abismos de un dolor eterno.

Hablaba la Marquesa con sencillez majestuosa, habia en su voz el reposo que respiraba toda su persona, y su acento conmovido y penetrante imponía y subyugaba. Oíala Magdalena con atención profunda, de

tal manera, que las dos rivales parecían en aquel momento dos amigas, dos hermanas, en ocasión en que la mayor reprimía con dulces y severas advertencias las ligerezas infantiles de la más joven. Tal era la apariencia á primera vista; en el fondo ya sabemos que habia otra cosa.

— ¡Dios mio! exclamó Magdalena, oprimiendo entre las suyas las manos de Luisa; renuncio á todo..... á todo..... será capaz de matarse, y eso sería horrible. Señora, sálvelo V..... que viva, y todo lo perdono.

La Marquesa se puso de pié, dió un paso y se detuvo, y cayendo en el asiento que acababa de dejar, dijo:

— ¡Ah! solo Dios puede hacer milagros.

— Es decir, gritó Magdalena, que yo lo mato, que mi sinceridad lo envenena, que mi secreto lo pierde, que mi amor lo asesina..... Bien, añadió con firmeza; si él muere, yo moriré tambien..... la vida nos separa, nos rechaza..... que la muerte nos una.

Nada suele parecernos más positivo y más inmediato que la realización de las desgracias que más tememos. Hay corazones op-

timistas, que no creen más que en la felicidad; almas risueñas, que por triste que sea el color de la realidad, todo lo ven de color de rosa. Mas luégo que se adquiere alguna experiencia de la vida, luégo que se echa la cuenta y hacemos el balance entre las penas sufridas y las felicidades alcanzadas, pocos son los que no encuentran un *déficit* espantoso entre sus dolores y sus alegrías. Adquirido, pues, el convencimiento, por más que pretendamos desmentirlo con la algazara de nuestros placeres y el regocijo de nuestras vanidades, de que esta vida mortal por que pasamos es una expiacion penosa, pero justa, en que cada sonrisa nos cuesta torrentes de lágrimas, nada más propio que ver en el orden de las cosas humanas, próximas siempre las desdichas, siempre lejanas las felicidades.

Cuéntase lo siguiente de un boticario, gran tresillista, de sonrisa dulce y palabra amarga, de aspecto calmoso y áun calmante, y de intencion cáustica, en cuya casa se reunian todas las noches algunos amigos, que formaban al rededor de la mesa de tresillo la honesta y

habitual tertulia del ya célebre entónces licenciado en farmacia.

Es el caso que allí entre *paso y bola*, *codillo y vuelta*, se hablaba de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; juzgándose, segun caian las pesas, los sucesos más notables ocurridos en el pueblo; y claro está que de las cosas pasaba la conversacion á las personas. Siempre que se referia alguna accion noble, algun acto generoso, nuestro hombre callaba, embebido en las hábiles combinaciones de su juego; mas cuando se contaba *c* por *b* alguna debilidad de mujer, alguna ruindad de viejo avaro, alguna brutalidad de éste ó del otro; en fin, cualquiera miseria humana, el boticario recogia los naipes que tenía en la mano, como quien cierra un abanico, y apoyando el índice en la mejilla, abria desmesuradamente los ojos, diciendo:

— Como si lo viera.

Todos tenemos algo, bastante, del boticario del cuento; lo cual significa que el género humano, á pesar de todo, no tiene de sí mismo una idea excesivamente favorable.

Sin duda alguna no habia una razon po-

derosa para temer el peligro inminente de que Miguel, luego que terminara la lectura del manuscrito, cogiera una pistola y de golpe y porrazo, paf, se saltara la tapa de los sesos. Pero vaya V. á contener dentro de juiciosos límites la imaginacion excitada de dos mujeres afligidas, con las que la felicidad del mundo no se habia mostrado muy amable. La Marquesa lo presintió y Magdalena lo dió por hecho; ambas lo creyeron á *pié juntillas*. Era una desgracia más..... ¿por qué no habian de creerla?..... Quizá no se engañaban.

Ante la explosion en que habia estallado el sentimiento de Magdalena, Luisa quedó aterrada, y las dos permanecieron silenciosas, pensando la primera que se habia llenado el vaso de hiel de su infortunio, y pensando la otra que se habia llenado la medida de su castigo en la misma proporcion en que se habia llenado la medida de su culpa; en la culpa está siempre el castigo.

Veíase en Magdalena la arrogancia desesperada, que sondea audazmente el abismo en que va á sepultarse, y descubriase en la

Marquesa la humildad resignada, que dobla la cabeza afligida ante los altos designios de la Divina Providencia. Cada una habia formado su resolucion, pero ¡qué distintas! Resolucion de Magdalena..... morir. Resolucion de Luisa..... orar. La una buscaba en sí misma el remedio; la otra se lo pedia á Dios, todo misericordia para aquellos que le piden con alma fervorosa.

Movida la Marquesa por una súbita idea, se volvió á su rival y le dijo:

— Usted puede salvarlo.

— ¡Yo! exclamó Magdalena con feroz sonrisa. ¡Yo, que soy la causa de su muerte!

— Escíbale V., añadió la Marquesa como si no hubiera oido la exclamacion de Magdalena, que venga. Aquí V. lo convence. ¡Ah! sí, estoy segura de ello. Estréchelo V..... vida por vida, y no se matará.

— Imposible, replicó Magdalena. Su desesperacion consiste en que me ama y me desprecia. Pero supongamos que consigo apartar de su imaginacion el terrible propósito. Bien..... nos separarémolos para no volvernos á ver. ¿Cree V., señora, que más tem-

prano ó más tarde no realizará su designio?

—¿Quién sabe? contestó la Marquesa. La idea del suicidio, cuando se apodera de la voluntad y del entendimiento, es tenaz, persiste con horrible constancia; mas ahora lo que importa es impedir el primer ímpetu. Despues..... la reflexion, los consuelos de la verdad eterna, el recuerdo de su madre, el nombre de Dios, iluminarán las tinieblas de su inteligencia y endulzarán la amargura de su corazon. Todas las tempestades se calman; los mares más embravecidos se serenán.

Púsose Magdalena de pié, miró á la Marquesa atentamente, y cruzando los brazos, le preguntó :

—¿Usted quiere que viva?

—¡Oh! sí, contestó Luisa con efusion ingenua y juntando las manos. Sí, quiero que viva. El suicidio es una cosa horrible.

—No importa, replicó Magdalena. Por segunda vez mi suerte está echada: morirá. Y desplomándose sobre su asiento, añadió : morirémos. Nada tenemos ya que hacer sobre la tierra.

Luisa comprendió la naturaleza borras-

cosa de la tempestad que rugia en el alma de la jóven; su instinto de mujer no le ocultó que los celos tomaban mucha parte en aquella resolucion tan desesperada, y llena de angustia le dijo :

—La he ofendido á V. mucho; pero todavía no ha comprendido V. el sentimiento que me ha hecho adivinarla, el deseo que me ha movido á descubrirla, el verdadero fin con que he venido á su casa. Hace dos años que la llevo á V. sobre mi corazon, y veo que V. ignora lo que ha sucedido en esos dos años. Óigame V.; seré muy breve.

—No sé, exclamó Magdalena, qué género de compasion es la que le inspiro; mas sospecho que ha de ser esa lástima que humilla y no consuela. Pues bien, es preciso que sepa V. que conservo íntegro el orgullo de mi virtud; que si tengo que bajar la frente avergonzada en presencia del mundo, puedo levantarla sin avergonzarme delante de mí misma. Usted es, señora Marquesa, la que ignora toda la extension del mal que me ha ocasionado.

Y dejándose llevar por el impulso de sus

récuerdos, hizo, con la viva elocuencia de una mujer apasionada, el resúmen enérgico de la triste historia que hemos leído en los apuntes del manuscrito.

Conforme iba hablando, el semblante de la Marquesa se animaba, reflejándose en él la expresion de un interes creciente. Cuando llegó á la escena de la terraza, las manos de Luisa temblaban, y sus pálidas mejillas se tiñeron de repentina púrpura. La escena del casamiento la oyó sin pestañear, sin respirar siquiera, y cuando Magdalena repitió palabra por palabra la carta del Duque, cubrióse su rostro de mortal palidez, temblaron sus labios y bajó los ojos. Magdalena terminó diciendo :

—Ésa es mi historia. Quise ser Duquesa, no por ambicion, sino por venganza.

— ¡Justicia de Dios! exclamó la Marquesa, brillando á la vez en sus ojos, con singular contraste, la afliccion y la alegría.

Se puso de pié y añadió :

— Dios solo sabe sacar bien del mal. Todo lo dispone con infinita sabiduría y con inmensa misericordia. Somós rivales, dos ri-

vales implacables; pues bien, verémos quién vence.

Y sin añadir más palabra, salió de la habitacion enjugándose los ojos.

Antes que Magdalena pensára en detenerla, la berlina de Luisa pasó al galope por delante de la verja.

La hija de Lord Walbrook se quedó suspensa; no adivinaba la causa de aquella huida repentina, y sin saber qué pensar ni qué hacer, dudosa acerca de las intenciones de su temible rival, queriendo aborrecerla y no pudiendo odiarla, se oprimió las sienes con las manos, como si quisiera sujetar el desorden de sus pensamientos, y exclamó :

— ¡Qué mujer!..... es incomprendible: ó está loca, ó yo he perdido el juicio.